

VISIÓN ARQUITECTÓNICA DE JUSTINO FERNÁNDEZ

Por Manuel González Galván

Esta breve nota, sobre la visión que acerca de la arquitectura tuvo Justino Fernández, no pretende ser más que un apunte; justamente como el croquis o ligero boceto de un edificio que, en homenaje a él, intenta captar la impresión que al través de su amplísima obra crítica emerge y personalmente nos hace sentir, esto es, que estos renglones, apenas intentan ser nuestra idea de su visión arquitectónica, idea limitada por temor a incurrir en una suplantación de conceptos que pertenecen al fuero individual.

Extraordinariamente difícil resulta dar opinión de opinión sin que necesariamente se cuele algo de nosotros mismos al respecto, por ello considero que la “proyección sentimental” de Justino Fernández en la arquitectura es, usando su tan frecuente y cauta frase de “a mi modo de ver”, lo que yo pienso que pensaba ante lo edilicio.

En primer lugar, su actitud parece ser siempre la de una profunda *emoción contenida por la razón* y esta idea es la rectora de su expresión como crítico y por tanto de su visión estética, así, personalmente nos lo deja sentir en un párrafo muy significativo de su estudio sobre el Retablo de los Reyes en la Catedral de México.¹

La Catedral quedaba en el camino de la escuela (de la calle del 5 de Febrero a la de La Perpetua) y algunas veces entraba sólo para ver el altar de los reyes, o caminar por las naves espaciosas. En cierta ocasión había “bola” en el “zócalo”, durante los disturbios de la Revolución, y, a mí *el desorden y las muchedumbres siempre me han aterrorizado*, desde niño, es una cicatriz psicológica que me dejaron aquellos años de violencia, de hambres y dificultades. Pues bien, en aquella ocasión se me ocurrió protegerme dentro de la catedral y entré en el momento en que cerraban las puertas. Allí *me quedé, inmóvil, frente al altar de los reyes*. Se oían disparos y ruidos en el exterior y entonces me hiqué y me puse a rezar. Salí ya tarde, cuando me echaron a la calle, cuando había pasado “la bola”, pero *aquel momento nunca lo he olvidado*.

Se me perdonará, espero, esta interpolación autobiográfica; hoy puedo decir: esta “experiencia vital”, origen de uno de los motivos por los cuales *pensé, al correr el tiempo, que algún día tenía que averiguar el misterio del altar de los reyes*.

¹ *El Retablo de los Reyes. Estética del arte de la Nueva España*. UNAM, IIE. México, 1959, p. 320.

Jugosa vivencia personal en la que la emoción, de manera muy consciente, da cauce y sentido a la razón. Así podemos extraer de un tirón la secuencia de mucho de su visión arquitectónica.

En esta vivencia personal se entrevé cómo su emoción toma conciencia de la necesidad de análisis para explicarse y justificarse, como si desde niño, en su propio nombre de Justino, llevara el sino de su posterior desarrollo intelectual. Entresacando de la cita anterior nuestro subrayado, sus propias palabras sintetizan su personalidad; “el desorden y las muchedumbres siempre me han aterrorizado, . . . me quedé, inmóvil, frente al altar . . . aquel momento nunca lo he alvidado . . . pensé, al correr el tiempo, que algún día tenía que averiguar el misterio del altar de los reyes”.

Básicamente el *sentimiento* dará cauce y sentido a la *razón* para que en una dialéctica reflexión interior, recíprocamente se apoyen. Este esgrima mental en búsqueda del equilibrio, no sólo como postura intelectual sino como toda una actitud humana, hacen que Justino Fernández proyecte en su obra una sensación de aplomo clasicista, lo que lo llevó precisamente a una comprensión e identificación muy personal hacia el denigrado neoclasicismo, postura original en un momento dado de nuestras investigaciones históricas del arte y que le honra como crítico.

Su actitud analítica le lleva también a tomar el partido de no tomar partido, aparente contradicción que no es más que otorgar el justo sitio a los diferentes conceptos históricos y estéticos, algo en lo que él siempre insistió y también nos aclara en uno de sus textos.²

Crear que el barroco es pura exaltación del sentimiento es tan equivocado como creer que el clásico es pura exaltación del intelecto; no, no hay pureza que valga; el barroco no puede menos de tener cierta estructura, a menudo clásica, y el clásico no puede menos de estructurarse según los dictados del sentimiento, a menudo barroco. Pero todo el *quid*, como siempre, se encontrará en la intención y así el clásico lleva en su entraña el ideal *debe ser*, que impone a la vida, y a todo según razón, mientras el barroco es expresión del *ser*, del ser de un modo o de otro y de otros muchos modos. El Clásico se inspira en, y pretende expresar, la calma y serenidad absolutas, es el absolutismo ontológico; el barroco se inspira en, y pretende expresar, el movimiento y el contraste, lo fugaz e inestable, es decir, la vida misma; puede entenderse mejor quizá, hoy día, como un realismo vital.

² *El arte del siglo XIX en México*. UNAM, IIE. México, 1967, p. 4.

Una permanente vigilancia de no caer en el exceso intelectualista ni emotivo regía su método crítico, una especie de módulo rector como el fiel de una balanza oscilante, le permitía sopesar argumentos extremos hasta obtener la serenidad que otorga el equilibrio razonado, así su sensibilidad se habría a todas las corrientes y su fino razonamiento las decantaba hasta obtener dentro de la infinitud formal, el sedimiento esplendoroso de la verdad artística, que como maestro y crítico hacía destacar para ofrecérsola como los fragmentos verdaderamente de oro que su paciencia de gambusino analítico logró extraer entre el cieno revuelto y las corrientes fugitivas de la historia.

No en vano fue Justino Fernández uno de nuestros críticos que con mayor frecuencia aplicaba la “sección áurea” como urdimbre de sus análisis plásticos, ya fuera para aclararnos cada vez más la comprensión escultórica de *Coatlícue*, como la planimetría de la religiosa pintura colonial o la vigorosa didáctica social del muralismo contemporáneo y, por supuesto, las masas y espacios arquitectónicos, pero en todo ello tratando de dilucidar si estaban *bien construidas* o no las composiciones, lo que implica un razonado análisis estructuralista que lo acerca al espíritu de los arquitectos renacentistas y por ende neoclásicos, así su visión o aprecio arquitectónico se complace en las *buenas proporciones*, la *sobriedad*, la *discreción*, la *severa dignidad* como nos lo dice al estudiar la arquitectura de nuestro siglo XIX.³

El Monumento a la Independencia proyectado entonces por De la Hidalga era, como todo lo suyo, de *buenas proporciones*, combinando la *sobriedad* con la *discreción* del ornato y apenas enriquecido el conjunto por el orden corintio; la gran columna rematada por la figura de un ángel, símbolo de la gloria, tenía una *severa dignidad* adecuada a su objeto.

Estas cualidades son, básicamente, las que, según él, dan *fuerza* y mérito a la arquitectura, y es lo que aprecia en la cúpula de Santa Teresa, construida también por De la Hidalga, cuando al juzgarla nos dice:⁴

Por su estructura, sus *elegantes proporciones* y su *sobriedad* es ejemplo excelente de la arquitectura académica de mediados del siglo XIX, que, no obstante sus cualidades, carece de la fuerza que tuvieron los edificios neoclásicos.

³ *Op. cit.*, p. 120.

⁴ *Op. cit.*, p. 119.

Mas, este orden razonado de Justino Fernández, como el orden arquitectónico de los clásicos no significa frialdad o falta de emoción, como vemos, sino que precisamente la sensibilidad condicionada por todas las limitaciones y contingencias humanas busca trascender y permanecer inhiesta. Emoción y sensibilidad, bien construidas, sobre el cimiento de la verdad y la razón. Recio sentido historicista que Justino Fernández supo cautivar en sus páginas de crítico y maestro y en su ejemplo como hombre.

Ante la vastedad de la cultura, todos quisiéramos haber hecho una obra maestra o haber sido un artista determinado conforme a lo que más nos identifica, y a Justino Fernández lo veo como una proyección de dos obras maestras fundidas en una: la elegante sobriedad arquitectónica del Hospicio Cabañas en la que se inserta el trascendentalismo pictórico de Orozco donde, los muros, culminan con el “hombre en llamas”. Equilibrio de clasicismo purista y angustia esperanzada, pues Justino Fernández no era escéptico, aunque tampoco ingenuo en sus creencias de toda índole, por lo que sus ojos siempre estuvieron atentos a la infinitud de todas las posibilidades.